

La mies es mucha, los obreros pocos

Texto: Mt 9:35-38

En economía existen dos conceptos que son fundamentales para entender la relación que hay entre los bienes y las necesidades de consumir tales bienes. Estos conceptos son: oferta y demanda.

La demanda es entendida como la necesidad que existe de cierto bien o servicio, mientras que la oferta, como su nombre lo indica, es la disponibilidad de dicho bien en el mercado y cuando la oferta escasea se crea lo que se conoce como “exceso de necesidad o exceso de demanda” lo cual hace que el costo de los bienes se eleve, generando inflación, hasta que de nuevo las cosas, idealmente, encuentren un punto de equilibrio.

Gran parte del estudio de las ciencias económicas lo que busca es encontrar las causas que alteran ese equilibrio y proponer soluciones para alcanzarlo.

Sin embargo, si usamos esta analogía para hablar de cómo funciona el Reino de Dios, diríamos que, de acuerdo con la Biblia siempre encontraremos un constante desequilibrio entre la demanda (las personas con necesidad del evangelio) y la oferta (las personas que presentan el evangelio); pero ¿cuál es la razón por la que esto es así? ¿Cómo pudiéramos acercarnos a un punto de equilibrio si es que esto fuere posible? ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente a la necesidad que impera en el mundo de Cristo y de Su evangelio?

Espero que hoy podamos acercarnos con respuestas a algunos de estos interrogantes a partir del texto que consideraremos.

Y este es el argumento que quiero proponerles:

Hay una gran necesidad en el mundo para la que solo Dios tiene una solución.

Y lo desarrollaremos a la luz de los siguientes puntos:

- La necesidad: La mies es mucha
- El desafío: Los obreros son pocos
- La solución: Orar al Señor de la mies

La necesidad: La mies es mucha

Este pasaje cierra una porción importante del evangelio de Mateo que va desde el capítulo 5 hasta el capítulo 9:34 la cual contiene el discurso del sermón del monte, así como una serie de relatos de milagros del Señor Jesucristo. Es un pasaje concluyente que desnuda la

realidad de que por más milagros que el Señor estaba haciendo y por más que había recorrido todas las ciudades y aldeas de Galilea (más de 200 según Flavio Josefo, cada una con un promedio de 15 mil habitantes), todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

El texto nos dice que Él vio las multitudes y tuvo compasión. Y esta es una declaración hermosa de la manera en que Jesús ve la condición del mundo y se estremece en sus entrañas por ello. Es este tipo de compasión la que es necesaria para sentir la carga por los perdidos, la misma que perdemos con tanta facilidad por familiarizarnos demasiado con las necesidades o por sentirnos demasiado cómodos en nuestra posición.

La palabra mies es un término tomado de la agricultura que se refiere a un cultivo o una siembra de trigo que está lista para recogerse. La idea en este pasaje es que la mies es abundante y si no se tienen obreros se echará a perder.

¿Pero cuál es entonces la mies y cuál era su condición?

El texto nos dice que esta mies eran los judíos considerados el pueblo de Dios, a quienes los que Dios había dejado encargados de cuidarlas como ovejas se habían enseñoreado de ellas y se oponían a Cristo. Los Fariseos de los que se habla en el verso 34 que estaban acusando al Señor de ser el diablo.

Esta mies eran personas con gran necesidad, quienes en lugar de ser apacentadas y alimentadas con la Palabra de Dios estaban sufriendo por el abuso de sus líderes (Jn 10, Ezequiel 34), eran los falsos pastores de Israel que habían venido para hurtar, matar y destruir.

Pero en nuestros días, esta mies son también lo que cada día engrosan las listas de suicidios de nuestros países.

Lo mismos que viven sumergidos en mundos de mentiras que no pueden sostener, los mismos que fabrican vidas de acuerdo con cada ocasión pero que la realidad es que están muertos por dentro.

Son los que padecen en hospitales sin esperanza y sin saber a dónde irán sus almas si no hay un médico que los sane.

Son las madres que crían solas a sus hijos porque no hay un padre que pueda responder.

Son los muchos que sufren por la guerra, las violaciones, los asesinatos, los tantos que persiguen una ilusión pasajera como si fuera la meta suprema de sus vidas para luego encontrarse con que no era más que un espejismo.

Mucha de esa mies está a nuestro alrededor. Algunos viven con nosotros. Caminan a nuestro lado o duermen en nuestra misma casa porque son nuestros hijos, padres, madres o hermanos, son nuestros vecinos; pero no lo vemos con dolor porque la compasión se nos esfumó en algún momento.

Porque así como un médico que entra en la cerrera de medicina porque su pasión es salvar vidas y ayudar, pero luego se encuentra en un consultorio hastiado de las historias de sus pacientes; así mismo ha muerto también en nosotros más que nuestra vocación, ha muerto la compasión.

No vemos la mies porque nos hicimos egoístas, porque estamos demasiado entretenidos mirando la televisión o haciendo scroll infinito en nuestras redes sociales.

Pero la mies sigue estando ahí y tiempo me haría falta para terminar de describirla. La realidad es que esa mies sigue siendo mucha y tal vez ahora puedas levantar un poco tus ojos y verlos de frente.

Pero esa no es lo más trágico de este panorama, es que los obreros son pocos para ocuparse de ella, lo cual nos lleva al siguiente punto de este sermón.

El desafío: Los obreros pocos

Es interesante ver que Jesús llega a esta conclusión luego de intensos recorridos y de predicar el evangelio sin parar (durante un año, aproximadamente y sin descanso). Él se da cuenta que en su condición de humano no puede hacer todo el trabajo o suplir toda la necesidad. En efecto, Cristo la misión del Señor no solo fue morir como un Cordero, sino establecer en este mundo un grupo de personas que se encargaran de extender lo que en efecto Él no pudo completar, y no porque no tuviera el poder o la facultad; sino porque fue su deseo llamar, capacitar y enviar a otros para traer así mayor gloria a su nombre.

En ese momento los discípulos todavía no habían sido enviados y esto prueba que ningún hombre es por sí mismo suficiente para hacer la obra de Dios y que si el Señor necesitó de colaboradores, no podemos pensar que alguien no los necesite hoy.

Pero en relación con nosotros ¿cuál es la razón por la que los obreros siguen siendo pocos? ¿por qué la demanda sigue siendo mayor a la oferta? Quiero proponerles algunas razones: Como vimos, no hay obreros con suficiente sentido de compasión

El egoísmo de la época que nos lleva a estar más centrados en nosotros que en los demás

Creer que compartir el evangelio es un trabajo solo de los pastores o los que están involucrados en alguna forma de servicio

Un mal entendimiento de lo que significa servir, lo cual lleva a pensar que la única forma de ser un obrero es ser un pastor

Encontramos mayor satisfacción en otras actividades que nos generen más reconocimiento o simplemente el amor por las cosas de este mundo más que las del Señor.

Creer que es necesaria una preparación extraordinaria

Miedo al rechazo. Un elevado sentido de nosotros que nos evita exponernos. Pero si el mismo señor fue rechazado, ¿qué se espera para nosotros?

Esta lista no es exhaustiva pero bien podría ser una lista de excusas entonces la pregunta que sigue es ¿cuál es la tuya?

No hay ninguna de esas cosas para las cuales el evangelio no nos capacite:

El evangelio nos dota de compasión, nos ayuda a ver la necesidad del prójimo como si fuera nuestra, nos transforma de modo que nuestras vidas se convierten en un testimonio, el evangelio hace que atesoremos a Cristo y no a este mundo y ese mismo evangelio nos da identidad al saber que no soy más amado si me reciben ni menos amado si me rechazan.

Entonces ¿qué debemos hacer?

La solución: Orar al Señor de la mies

Después de lo visto anteriormente, podemos ser tentados a pensar que la respuesta es: salir y hacer. Pero no. El Señor pone algo antes: orar al Señor de la mies para que él envíe los obreros a Su mies.

Esta es una declaración muy esperanzadora. El Señor nos está llamando a orar a Dios para que Él haga algo que es evidente que es Su voluntad. Esto nos revela algo muy importante sobre la oración y es que más allá de que Dios desee o no hacer algo, necesitamos acudir a Él porque dependemos del. Nunca debemos dar por sentado nada porque es en la oración que el Señor lleva a cabo sus planes. ¡Con cuanta frecuencia menospreciamos la oración y caemos presos de nuestra autosuficiencia!

Esto nos muestra además que la solución a la abundancia de la mies necesitada no son nuestros planes ni un sinnúmero de actividades, es una verdadera comunión con el Señor quien al final es el que llama, salva, capacita y envía.

También esto nos recuerda que la mies no es nuestra, es del Señor y que por lo tanto es él quien se ocupa de ella.

El Señor es el que salva, no nosotros. El Señor es el que convierte al perdido. El Señor es quien suple la necesidad del menesteroso.

Ahora bien, orar no significa que las cosas sucederán automáticamente. Es solo un paso, el primero; porque el siguiente es actuar. En el capítulo 10, vemos como los doce apóstoles aparecen en la escena y son enviados a continuar el trabajo del Señor.

Oramos porque dependemos de él, porque él prepara el terreno, provee los recursos y es quien garantiza los resultados. Oramos y actuamos, en ese orden, y no puede ser alterado.

Me temo que, si hay una autocrítica que podemos hacer como iglesia, es que no oramos lo suficiente. Que nos hace falta un mayor compromiso con Dios y esto no tiene que ver solamente con los cultos de oración sino con nuestras oraciones personales.

Creo que si hay una pregunta que es humillante para un creyente es ¿cuánto tiempo o que tan intensamente estás dedicado a la oración? Es seguro que siempre queremos tener una vida de oración más fructífera, pero debemos por lo menos encontrarnos en el campo de batalla, no deseándolo de lejos.

Como iglesia estamos involucrados en varios proyectos misioneros y creemos que el Señor nos ha estado impulsando en esa dirección, pero necesitamos obreros y antes que eso, necesitamos orar y orar intensamente por obreros.

No debemos bajar la guardia en nuestro compromiso con la evangelización, con la oración, nuestros aportes para las misiones. Mis hermanos, si hay algo que yo espero es que podamos reaccionar a la parsimonia y el letargo que a veces nos invade. La iglesia y la obra de Dios no vuelan en piloto automático, necesitamos continuamente mantenernos en esta dinámica de orar y actuar, orar y actuar, orar y actuar.

Tenemos una vida muy corta en comparación con la eternidad y deberíamos vivir determinados a gastarla en el Señor en cada lugar en el que él me ponga.

A los amigos que no son creyentes que están aquí, es posible que te hayas identificado como parte de esa mies necesitada; yo no quiero que te vayas de aquí sin Cristo. Hoy es tu día de salvación.

